

Don Alcibiades Santa Cruz



El tres de mayo último falleció en Concepción el distinguido profesor de la Universidad de Concepción Dr. Alcibiades Santa Cruz.

Su vasta cultura científica y humanística unida a su recia personalidad hicieron de él un verdadero hombre de ciencia y un maestro de la juventud universitaria.

Desempeñó en la Universidad de Concepción la cátedra de Botánica en las Escuelas de Medicina y de Farmacia, desde que se fundó esta Institución en 1919, y la cátedra de Anatomía y Fisiología Humana durante este mismo período. Fué miembro del Directorio de la Universidad desde su fundación.

Publicó la obra «Elementos de Botánica», que ha merecido los más elogiosos comentarios de profesores y especialistas en esta disciplina. Fué Presidente Honorario y Miembro Fundador de la Sociedad de Biología de Concepción; Presidente de la Sociedad Médica de Concepción durante varios años; Miembro honorario de la Academia Chilena de Ciencias; Miembro Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y Miembro correspondiente de la Academia Chilena de Historia.

Pertenecía además a varias sociedades científicas del extranjero, especialmente de Francia, Estados Unidos y países sudamericanos. Fué asiduo colaborador de la Revista «Atenea» y de varias publicaciones científicas del país.

En sus funerales hicieron uso de la palabra las siguientes personas: Don Enrique Molina, en representación del Directorio

de la Universidad de Concepción; don Evans Weason, Decano de la Facultad de Farmacia; don Enrique Solervicens, Decano de la Facultad de Medicina; don Carlos Oliver Schneider, en representación de la Sociedad de Biología y de la Academia Chilena de Ciencias; el Dr. Darío Pulgar, en representación del Ejército; don Juan García en representación de la Colonia Española; don Omar Jara, Presidente del Centro de Estudiantes de Medicina y don Julio Brieba, Presidente del Centro de Farmacia.

Publicamos a continuación el discurso pronunciado por el Presidente de la Universidad don Enrique Molina y la nota enviada a la familia del profesor Dr. Santa Cruz por el Presidente de la Universidad, en representación del Directorio de la Institución.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INHUMACION DE LOS RESTOS DEL PROFESOR DR. ALCIBIADES SANTA CRUZ

Los negros crespones que anuncian el dolor de la muerte cubren las banderas de la Universidad; las puertas entornadas de escuelas e institutos muestran que han caído sombras de tristeza sobre nuestra casa; los pechos de los profesores y alumnos sienten ese fenómeno tan único de la física del corazón: el peso del vacío.

Es que ha dejado de existir el doctor don Alcibíades Santa Cruz. Aquí lo tenemos aún, delante de nosotros, pero dormido ya para siempre. Y nosotros a su alrededor, inconformes ante la desgracia, acompañándolo, como no resignándonos a dejarlo solo y entregado al abrazo de la tierra fría. Entre estos inconformes figura en primer término por la intensidad de su sentir el Directorio de la Universidad de Concepción, en cuyo nombre tengo el honor de hablar.

Ya no volveremos a encontrar jamás en las avenidas, jar-

dines y claustros universitarios la silueta respetable y caballeresca del Dr. Santa Cruz, con su perfil de hidalgo español de la época de los príncipes de la dinastía austríaca, y los estudiantes no podrán abordar tampoco al maestro bondadoso que los atendía lleno de cariño, con alguna broma oportuna y los ojos brillantes de ingenio y dulce malicia. Ya sus amigos no entablaremos de nuevo con él esos sabrosos diálogos en que su ágil espíritu, como pájaro prisionero en la cárcel de su cuerpo debilitado, pugnaba por salir a la luz para recrearnos con alguna ocurrencia, alguna anécdota chispeante o noticias sobre libros o de interés para la cultura. Ya no tornarán a resonar en las aulas de las Facultades de Medicina y Farmacia las eruditas lecciones del catedrático que se consagrara a la Universidad, honrándola, hace más de veinticinco años, desde los primeros difíciles días de nuestro Instituto; las lecciones del primer botánico del país, de un sabio autor de obras importantes, en su especialidad, reconocido y altamente estimado en todos los círculos científicos del continente. El Dr. Santa Cruz había además recibido hace años la merecida distinción de ser elegido miembro académico de la Facultad de Ciencias Biológicas y Médicas de la Universidad de Chile. Ni ocupará ese espíritu dilecto la tribuna de la Extensión Universitaria ni las columnas de nuestras revistas y de los diarios para ilustrarnos y deleitarnos con sus enseñanzas de divulgación. Ya no nos será dado escuchar nunca más en el seno del Directorio de la Universidad su palabra docta, fina e incisiva cuando era preciso, directa como una flecha, siempre correcta y castiza, como nutrida en las mejores fuentes del Siglo de Oro de nuestra lengua. Porque el doctor Santa Cruz a la par que un eminente hombre de ciencia era todo un humanista.

Pero ¿era acaso sólo esto? Su dedicación a las ciencias y a las letras, de las que hizo con su consagración a la Universidad un solo apostolado, acusa un fondo de pureza y rectitud de carácter despreciador de las vanidades mundanas. Así era

él. Su espíritu sagaz era escéptico de la politiquería y de sus relumbrones. Su honorabilidad intachable hacía que se alzara siempre con gesto prócer en defensa de los fueros de la Universidad y de las buenas prácticas universitarias.

Pero este hombre ejemplar era todavía padre y abuelito amantísimo, la reliquia de su hogar, donde su desaparecimiento deja una oquedad lacerante que todas las palabras de la más sincera admiración, todas las palabras de la más sentida condolencia, no bastarán a colmar.

Por un golpe seco del ala del destino esta bella lumbre humana se ha extinguido casi de súbito en la noche del mismo día en que aun profesara en la cátedra que desempeñaba. De suerte que, sin hipérbole, puede decirse que el doctor Santa Cruz se dió hasta en su último aliento a la Universidad.

Ante lo fatal, brutal e ineluctable de la muerte, el corazón humano busca su revancha y su consuelo en la conservación de la esencia contenida en el vaso del recuerdo del ser que se ha ido, recuerdo que pasa a ser objeto de veneración perenne cuando es el don de una personalidad buena, grande y meritoria.

La Universidad de Concepción inicia por medio de mis palabras la veneración constante y cariñosa de que se hará objeto a la memoria del ilustre profesor, hombre de ciencias y noble amigo que fué el doctor don Alcibíades Santa Cruz.

NOTA ENVIADA A LA SEÑORA JULIA SANTA CRUZ DE OLIVARES

Concepción, 8 de Mayo de 1944.

Distinguida señora:

Cumplo con el doloroso deber de dirigirme a Ud. en nombre del Directorio de nuestra Institución y en el mío propio, para expresarle el sentimiento de pesar que nos embarga con

motivo del fallecimiento de uno de los miembros más ilustres de esa Corporación el profesor doctor Alcibíades Santa Cruz, su señor padre, que por muchos motivos merecía ser y era considerado como una reliquia benemérita de la Universidad, Socio fundador y miembro del Directorio desde los albores del Instituto, Decano de la Facultad de Medicina durante varios años, eminente catedrático de Botánica en las Escuelas de Farmacia y Medicina, se consagró de lleno y con un entusiasmo digno de su cultura privilegiada, su excepcional inteligencia y su corazón delicadamente humanitario a la obra de creación espiritual que ha significado nuestra Universidad y en cuyo desarrollo encontró su carácter ejemplar una razón profunda de realizaciones ideales, como si se hubiera producido una armonía extraordinaria entre su alma superior y las circunstancias que rodearon su vida.

Puede decirse que al servicio de la Universidad de Concepción estuvo un cuarto de siglo su múltiple personalidad de profesional distinguido, de cultísimo humanista, de hombre de ciencia, de competente profesor, de eminente ciudadano y de intachable caballero. El Directorio recuerda de una manera especial su rica y variada versación, su atinado y sabio consejo, su religioso sentimiento del deber manifestado entre otros modos por su estricta puntualidad en la asistencia a las sesiones, su trato delicado y cordial, su ático y vivaz ingenio y su lenguaje de tan castizo sabor que parecía, adaptándose finamente a nuevas necesidades de expresión, mantener el prestigio de las cosas pretéritas frente a los progresos de la edad actual.

En muchos sentidos esta preciosa existencia puede presentarse como un modelo a la juventud estudiosa y aun a los adultos que aspiran a ennoblecer sus días con un destino intelectual; y así quedará como un gesto de noble belleza, la voluntad que lo mantuvo con una serenidad incomparable al frente de su cátedra, no obstante la dolencia que lo aquejaba, hasta pocas horas antes de morir.

Estas circunstancias y dotes sobresalientes, explican el hon-
do sentimiento de congoja que experimentan los cuerpos direc-
tivos y docentes de nuestro Instituto, que por mi intermedio
hacen llegar a Ud. las expresiones de su más sentida condo-
lencia.

Saluda muy atentamente a Ud.

ENRIQUE MOLINA
Presidente

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ
Secretario General